

Encuentros y desencuentros entre los refugiados y los antiguos residentes españoles en México

Por Dolores PLA BRUGAT*

EN 1930, el Censo General de Población que se levantó en México indicaba que vivían en el país 28 855 personas nacidas en España.¹ Casi todas ellas habían emigrado muy jóvenes, eran varones, originarios del norte de la Península, procedían del medio rural y su formación académica o profesional era más bien pobre. Generalmente habían llegado a México solos, a través de la llamada “emigración en cadena”, es decir, reclamados por tíos u otros familiares establecidos con anterioridad en México que los requerían para trabajar en sus negocios.²

Estos españoles, a pesar de su relativamente escaso número (apenas representaban 0.17% del total de la población de México) y su modesto origen económico y social eran importantes en la vida mexicana. Estaban insertos de manera casi abrumadora en el ámbito de la industria, el comercio y las finanzas, y pertenecían en buena medida a las clases acomodadas de la sociedad mexicana, gracias a un proceso notable y acelerado de movilidad social. Se establecieron a todo lo largo y ancho del territorio mexicano, pero no de manera uniforme. En el Distrito Federal residían un poco más de la mitad, y los estados de Puebla y Veracruz albergaban una cuarta parte del total.³

Los acontecimientos que se vivieron en España en la década de los años treinta, en especial el establecimiento de la República y el estallido y desarrollo de la Guerra Civil, fueron seguidos con interés por estos españoles. Por la privilegiada situación de clase que habían logrado alcanzar, estos individuos no vieron con buenos ojos el estable-

* Investigadora de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México; e-mail: <dpla.deh@inah.gob.mx>

¹ Delia Salazar Anaya, *La población extranjera en México, 1895-1990. un recuento con base en los Censos Generales de Población*, México. Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996.

² Clara E. Lida con la colaboración de Pilar Pacheco Zamudio, “El perfil de una inmigración, 1921-1929”, en Clara E. Lida, *Una inmigración privilegiada comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza, 1994.

³ Dolores Pla Brugat, “Españoles en México (1895-1980). Un recuento”, *Secuencia* (México, Instituto Mora), núm 24 (septiembre-diciembre de 1992), p. 116

cimiento de la República y durante la guerra, o al menos al inicio de la misma, aunque pretendieron mostrarse neutrales, lo cierto es que su corazón e iba con los rebeldes.

La llegada de los refugiados republicanos iniciada en 1939 significó el establecimiento en México de otra comunidad española que, por sus características, parecía una copia en negativo —o positivo— de la “antigua colonia”. En términos numéricos los refugiados llegaron a ser casi tantos como los antiguos residentes, 20 482 según la Dirección General de Estadística y alrededor de 24 000 según el Registro Nacional de Extranjeros.⁴ Esta nueva emigración estaba constituida por hombres y mujeres de distintas edades y en buena medida era una emigración familiar; las mujeres y niños representaban 45% del total. Los lugares de procedencia de los refugiados tampoco coincidían con los de los españoles que les precedieron: Cataluña aportaba el principal contingente, 22.4%, seguida por Castilla la Nueva con 20.6%, Andalucía con 11.4% y el resto de las regiones aportaban menos de 10% cada una.⁵

Pero seguramente la diferencia más notable la encontramos en cuanto a la calificación profesional de unos migrantes con respecto a otros. Mientras la migración tradicional estaba constituida básicamente por trabajadores no calificados y con escasa formación académica, dentro del exilio los trabajadores no calificados —en este caso sólo los agricultores— no llegaban a ser ni 20% (19.7%) y el resto de los refugiados eran poseedores de muy diversos conocimientos, siendo destacada la presencia de los que provenían de los sectores más modernos, en términos económicos, y más ilustrados, en términos de conocimientos. Los trabajadores provenientes de la metalurgia, siderurgia, mecánica y electricidad constituían 12% del total y los profesionales, intelectuales, artistas, maestros y catedráticos alrededor de 28%.⁶

Para completar el contraste entre los emigrantes tradicionales y los refugiados sólo falta decir que mientras en los primeros predominaban las posturas de derecha, los segundos, evidentemente, provenían de la amplia gama de la izquierda española.

Generalmente se ha planteado que los refugiados nada tuvieron que ver durante su largo exilio en México con sus paisanos llegados antes que ellos y que la vida de ambas comunidades se desarrolló de

⁴ Dolores Pla Brugat, *Els exiliats catalans un estudio de la emigración republicana española en México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Orfeo Català de Mèxic/Libros del Umbral, 1999, pp. 158-159

⁵ *Ibid.*, pp. 164-165

⁶ *Ibid.*, pp. 168-169

forma paralela sin encontrarse como no “fuera para enfrentarse”. Pero hay numerosos indicios que obligan a repensar este planteamiento.

Los primeros encuentros entre unos y otros se dieron desde el momento mismo de la llegada de los refugiados a Veracruz. Ésta fue la experiencia, por ejemplo, del señor Guillot en el puerto jarocho:

Un poco antes de llegar a La Parroquia, por aquella calle, se para un coche, me dice: “¿Qué, eres tú de los recién llegados?”. “Pues sí, ¿qué no lo ves?” “Súbete” [...] Dijo que era del Frente Popular, que era español, que era montañés [...] Para no hacer el cuento largo, estuve catorce o quince días en Veracruz y siempre comí y dormí y todo en casa de este paisano [...] que después fuimos como hermanos y compadres y todo⁷ [Gracias a este hombre el señor Guillot pudo gozar de] *todo* lo que podía apetecer un señor que había pasado tantos días en Francia. Al decir *todo* lo digo en todos los aspectos: comer, vestir, aunque fuera con ropa de él, buena cama, buenas duchas, mujeres, pagándolas, pero mujeres ¿no?⁸

Y al igual que el señor Guillot otros refugiados dan testimonio de tan tempranos acercamientos con antiguos residentes.

En el mismo Veracruz, en alguna ocasión en que la delegación del Comité Técnico de Ayuda a Republicanos Españoles (CTARE) no recibió a tiempo los fondos necesarios para su labor, fue apoyada en forma de préstamos por Juan Moré, un español republicano. Y estuvo previsto, sin que se sepa con precisión si llegó a realizar e, que cincuenta madres con sus respectivos hijos lactantes fueran atendidas en la Beneficencia Española del puerto.⁹

Los encuentros con los antiguos residentes se siguieron dando conforme los refugiados se empezaban a establecer. Sucedieron tanto en diferentes lugares de provincia, a donde muchos de los recién llegados fueron enviados en los primeros tiempos de su estancia en México, como en la capital del país donde a la postre se habría de reunir la mayoría de ellos. Lo interesante es que lejos de lo que pudiera pensarse por las diferencias de todo tipo, principalmente las políticas, que

⁷ Entrevista a Ramón Guillot realizada por Dolores Pla en la Ciudad de México, entre los días 25 de octubre y 12 de noviembre de 1979, PHO-10-47, Subdirección de Información y Biblioteca “Manuel Orozco y Berra”, Dirección de Estudios Históricos, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Centro de Información Documental de Archivos, Dirección de Archivos Estatales, Ministerio de Cultura de España (en adelante INAH/MCE), pp. 98-99

⁸ *Ibid.*, p. 159

⁹ Patricio G. Quintanilla, “Memoria de las actividades desarrolladas por la Delegación de Veracruz”, Archivo del CTARE, documento inédito

existían entre ambos, los gestos de solidaridad de los españoles ya asentados hacia los recién llegados fueron más que los de rechazo.

Las experiencias personales de los refugiados muestran una constante en la relación entre antiguos residentes y refugiados: mientras el encuentro entre unos y otros fuera cara a cara, de persona a persona, existían posibilidades de entendimiento; en cuanto se trataba de relaciones interinstitucionales o a través de las instituciones, la relación se hacía de hecho imposible.

En la Ciudad de México, los refugiados se encontraron con que las principales asociaciones de españoles les cerraron las puertas. Tales fueron los casos del Casino Español y el Club España.¹⁰ En cuanto a los centros regionales las posturas fueron diversas. Los vascos, ya en plena Guerra Civil se habían escindido en dos centros en función de las respectivas simpatías políticas, de tal manera que los refugiados se encontraron tanto con un centro que les era afín como con otro que les era hostil. Los asturianos, después de algunos e tira y afloja, recibieron a sus paisanos con la condición de que no hicieran labor política. Por lo que respecta a los gallegos la relación entre los ya asentados en México y los recién llegados tampoco fue fácil, y al final se creó un grupo gallego por separado, y los leoneses rechazaron totalmente a los recién llegados. Sin duda ninguna, de todas las comunidades españolas la que tuvo un mejor recibimiento por parte de sus paisanos fue la catalana. El Orfeo Català de México se apresuró a abrir sus puertas y a organizar socorros para los catalanes en desgracia que llegaban a México.¹¹

Pero el que la gran mayoría de las instituciones no vieran con buenos ojos a los recién llegados no implicó que no hubiera una serie de contactos y solidaridades entre unos españoles y otros. En los primeros y difíciles tiempos en la Ciudad de México, muchos refugiados recibieron muestras de solidaridad de sus paisanos, antiguos residentes, mismas que recordaron con agradecimiento al paso del tiempo. Ricardo Mestre no olvidó que: “ cuando llegué, sin ropa, un antiguo residente, gachupín republicano, muy entusiasta [...] me regaló dos trajes de él que me duraron años porque eran de tela inglesa estupenda, unos zapatos que también me fueron muy bien ¿me entiendes? Así, me vestí bien al poco tiempo gracias a este señor”.¹² Ni tampoco María

¹⁰ Patricia W. Fagen, *Transterrados y ciudadanos: los republicanos españoles en México*, México, FCE, 1975, p. 89

¹¹ Miquel Martí i Soler, *L'Orfeo Català de Mèxic (1906-1986)*, Barcelona, Curial, 1989, p. 73

Entrevista a Ricardo Mestre realizada por Enrique Sandoval en la Ciudad de México, entre los días 4 de marzo y 16 de mayo de 1988, FHO-10-99 (ИНАИ/МСЕ), p. 504

Tarragona olvidó que al ir a comprar muebles para instalar su primera casa, sin dinero ni siquiera para el enganche, el “gachupín” que se los vendió les dijo: “Ustedes me pagarán, no se preocupen, llévense todo”.¹³ O que los integrantes de la familia Iñurria “nos ayudaron también mucho; vaya, nos ayudaron no con dinero, nos ayudaron con su cariño, con su afecto, con invitarnos a comer, con invitarnos a las fiestas que hacían en Covadonga y aquí y allá, con darnos calor humano”.¹⁴ Un antiguo residente catalán fue quien resolvió el problema de vivienda del destacado político Miguel Santaló, ya que por su intervención le ofrecieron a la familia recién llegada administrar un edificio de apartamentos “que pertenecía a La Nacional, y [a cambio] nos daban, gratis, un departamento y doscientos pesos más [...] un magnífico departamento gratis, digo magnífico porque no lo hubiéramos pagado nosotros, ¿verdad?”.¹⁵ No siempre las muestras de afecto venían de antiguos residentes de sentimientos prome-republicanos. La misma señora Tarragona recibió apoyo de “otro ser extraordinario”, un antiguo residente muy rico que durante años mandó barcos cargados de víveres a Franco, al grado de que el dictador le ofreció el título de marqués de Franco mismo que no aceptó.¹⁶

Sin duda esta actitud de los antiguos residentes españoles hacia los refugiados se explica con las palabras que uno de ellos, el señor Muriá, dijo al principio de su estancia en México: “que, republicanos o franquistas, todos éramos españoles”. Y por eso, continúa el señor Muriá:

Aunque todos eran franquistas y creían la propaganda de la prensa de que los refugiados éramos matacuras, asesinos, rojos, desalmados, en el trato directo, de cara a cara, de hombre a hombre, cambiaban completamente. Tanto es así que fueron muchos los gachupines acérrimos franquistas, que buscaban refugiados españoles para darles puestos en sus negocios, manifestando una cierta compasión por nuestra situación, por lo que habíamos sufrido, por lo que teníamos que sufrir todavía.¹⁷

¹³ Entrevista a María Tarragona realizada por Concepción Ruiz-Funes en la Ciudad de México, entre los días 9 de marzo y 11 de abril de 1988, PHO-10-100 (INAH/MCE), p. 148

¹⁴ *Ibid.*, p. 154

¹⁵ Entrevista a Adelina Santaló realizada por Enriqueta Tuñón en Guadalajara, Jal., los días 22 y 23 de noviembre de 1979, PHO-10-64 (INAH/MCE), p. 61

¹⁶ Entrevista a María Tarragona [n. 13], p. 160.

¹⁷ Entrevista a José María Muriá realizada por Dolores Pla en Guadalajara, Jal., entre los días 16 y 27 de agosto de 1979, PHO-10-40 (INAH/MCE), edición de José Carlos ebe Bom Meihy y Dolores Pla. Se repite con frecuencia en los testimonios la idea de que los “gachupines” sentían compasión por los refugiados y su triste situación

Efectivamente, no pocas veces la solidaridad se tradujo en empleos. Revisando la historia de vida de cuarenta refugiados pude observar que casi la tercera parte¹⁸ obtuvieron sus primeros empleos con la ayuda de antiguos residentes.¹⁹ Muchas veces estos “primeros auxilios” fueron sólo eso y no marcaron en definitiva la trayectoria laboral de los refugiados, pero en otros casos la historia fue diferente, como el de la señora Parera. Recién llegada a la Ciudad de México puso un expendio de pollo, sus padres un estanquillo anexo al expendio y su esposo trabajaba en Vulcano, una de las empresas creadas por los organismos de ayuda de los propios refugiados. Estando ella en la pollería, llegó un señor y le preguntó:

“¿Que usted es catalana?” “Sí señor” “¿Y de dónde es?” “De tal lugar” “¿Y qué hacen?” “Pues ya ve” “¿Y este local de aquí al lado?” “Pues están mis padres” “¿Y por qué no lo llenan?” “Porque no tenemos dinero, porque esto lo hemos abierto con mil pesos que nos prestó un judío” Y le expliqué como había ido el caso. Dice: “¿Pero si le dieran dinero, lo llenarían, el local?” Digo “Claro, pero si no tenemos” “¿Por qué no piden?” “¿A quién le vamos a pedir si nadie nos conoce?” Y, claro, se fue. Al rato vino y me dice “Oiga, ¿y su marido dónde trabaja?” “Pues en la Vulcano?” “¿Y a qué hora regresa?” “A tal hora” “¿Y cuando viene les ayuda?” “Sí, nos vamos a comprar a la Merced, y hasta el día siguiente que vuelve a ir a trabajar” [] “Dígale a su marido que a las cinco me espere que yo vengo por él” [..] Él acompañó a la Merced en dos o tres casas y les dijo “A estos señores me les dan crédito hasta quinientos pesos, si no pagan pagaré yo” En cada casa que íbamos. “¿Qué tal don Vicente, y cómo está usted?” Nosotros no sabíamos quien era [] Primero sabíamos que era don Vicente, después nos dieron detalles—era presidente del Banco de Veracruz, jefe de las Aduanas de Veracruz, esto y lo otro. Y al cabo de un año ya teníamos nosotros aquello completamente surtido [y vino un día y nos dijo]: “Bueno, ya veo que han prosperado y que han pagado todo lo que quedaron a deber, que me han hecho quedar bien [...] ¿No tienen cuenta en el banco?” Y mi marido dice: “No tengo dinero, qué quiere usted que tenga cuenta en el banco” Dice: “Bueno, mañana vengo y nos iremos al banco” e fueron al Banco de la Propiedad, que ahora se llama Banco Azteca, y el que estaba allí de gerente a la [hora] que lo ve entrar corre en seguida a saludarlo. Resulta que este señor, Vicente Gil se llamaba, era accionista en el

¹⁸ Aunque se trata de cuarenta entrevistas, en esta ocasión trabajamos sólo con treinta y ocho porque las dos restantes corresponden a la esposa y al hijo de un entrevistado y, para lo que ahora nos interesa, la información se repetiría.

¹⁹ Sólo uno de ellos acabó con problemas serios por desavenencias con su empleador. Diez entrevistados, un poco más de la cuarta parte, recibieron sus “primeros auxilios”, en términos de empleo, de otros refugiados llegados con anterioridad. Los restantes quince, obtuvieron sus empleos por otras vías, o bien no informan al respecto.

Banco de la Propiedad, y le dijo al gerente que nos abriera una cuenta de diez mil pesos pero que no nos dijera nunca para pagarla [...] que cuando pudiéramos ya pagaríamos y si no ya pagaría él. En estas condiciones no hubo ningún obstáculo y de ahí empezó la subida nuestra del negocio.²⁰

Otros refugiados cuentan historias parecidas. Dice el señor Santamaría:

La primera persona que me fío en Tejidos Cruzados Santamaría fue un antiguo residente. Este hombre, yo le pedía hilo por cinco mil pesos y me decía "Bueno, con una letra, con un documento, aceptado" Si, se cubrían ellos, y yo les considero porque ha venido de todo, gente buena y mala ¿no? Pero siempre me decía. "Una cosa te pido, si a la hora del vencimiento no la puedes pagar, avisame con tiempo. No por mí, porque no pierdas el crédito tú [] Yo pagaré la letra al banco, con tal [que] se pague [] Sacaré aquella letra como si fuera un empleado tuyo" ²¹

También Ricardo Mestre recibió ayuda en una ocasión de un antiguo residente catalán llamado Fernando Casas:

Hice un pedido a Windsor y Newton [] en Inglaterra, calculando que con las entradas diarias podría recoger la cantidad, el costo necesario para cubrirlo cuando llegara. Y un día viene a comprarme unos pinceles [] un catalán antiguo residente, compró los pinceles y compró dos cosas más y al final me dice: "Si algún día me trataba de vos entonces *teniu alguna dificultat financiera, venume a veura*" [] Y me llega la partida de Veracruz y me faltaban cinco mil pesos [] Voy a ver a este hombre, que no me conocía, y le digo lo que me ocurre. Saca la chequera, hace un cheque de cinco mil pesos: "*Teniu, ja me direu com voleu pagar*" ²²

Por otra parte, en no pocas ocasiones los "gachupines" fueron buenos clientes de los refugiados. Y tampoco fue infrecuente que los tuvieran como empleados. Como fue el caso del asturiano Manuel Suárez, quien abrió las puertas de Industrias Mecánicas Manuel Suárez a muchos de ellos, llegando a dirigir dichos talleres un ingeniero catalán, Francesc Cárdenas, llegado en 1939. También Arturo Mundet recibió en sus empresas a paisanos.

Si los antiguos residentes pudieron ofrecer apoyo a los recién llegados ello fue no sólo porque así lo desearon sino porque además

²⁰ Entrevista a Carmen Bahí de Parera realizada por Enriqueta Tuñón en la Ciudad de México, entre los días 7 de diciembre de 1987 y 5 de enero de 1988. PHO-10-89 (INAH/MCE), pp. 123-127.

²¹ Entrevista a Florencio Santamaría realizada por Enriqueta Tuñón en la Ciudad de México, entre los días 1º de enero y 17 de junio de 1980. PHO-10-50 (INAH/MCE), p. 473

²² Entrevista a Ricardo Mestre [n. 12] pp. 492-493

estaban en condiciones de hacerlo debido a su inserción al medio social y económico mexicano. Pero la situación privilegiada de la antigua colonia podía favorecer, en el mejor de los casos, sólo a una parte del exilio, aquella que se pudiera insertar a la vida productiva del país a través, sobre todo, de los ámbitos de la industria y el comercio, que eran espacios donde se movían los antiguos residentes. Una parte de los que he denominado la élite del exilio, constituida por los intelectuales, artistas, maestros y catedráticos que representaban más de 13% de los refugiados —y a los que quizá habría que sumar algunos o muchos profesionistas— se habría de mover en espacios de la sociedad mexicana en los que los antiguos residentes nada tenían que ver.²³

Pero el que una buena porción de los refugiados entraran en contacto con antiguos residentes no hizo que las distancias entre ambos grupos desaparecieran. a nivel institucional persistieron con fuerza en estos primeros tiempos. Recuerda el señor Guillot:

Ibamos a un baile, por decirte, a una *kermesse*, o a una romería, a un baile del Casino Español y nos oían luego luego que éramos españoles, o sea refugiados, y, por ejemplo, no querían bailar con nosotros. Los únicos que eran bastante, en este aspecto, buenas gentes, eran los asturianos en el Centro Asturiano [...] Y no digas algún día ir a algún cabaret, por ejemplo, y que hubiera antiguos residentes jóvenes y nosotros, de todas todas se armaba allá un zipi-zape, a bofetadas.²⁴

Los refugiados se sentían y se sabían diferentes a sus paisanos y les interesaba que quedara muy claro, no tanto ante el gobierno, que lo sabía muy bien, sino ante la sociedad mexicana, que ellos no eran “gachupines”, que los motivos de su emigración eran muy distintos a los de sus antecesores. En palabras de Claudio Esteva: “Ésta era la idea general que existía: que debíamos mantenernos como exiliados puesto que nosotros no éramos emigrados, es decir, el origen de nuestra llegada a México no era económico, era un origen político”.²⁵ Y el señor Gené dice, por su parte, que cuando lo creía necesario explica-

²³ Pero aún así tenemos algún ejemplo de apoyo de antiguos residentes a refugiados de la “élite” El primer empleo que tuvo el profesor Bargalló en México fue en un colegio que fundó junto con otros colegas refugiados, que estaba en la calle de Liverpool. Esta escuela funcionó gracias a un pequeño subsidio que les daba un antiguo residente Orstabaza. Entrevista a Modesto Bargalló realizada por Matilde Mantecón en la Ciudad de México, el día 23 de julio de 1979, PHO-10-38 (INAH/MCE), p. 59

²⁴ Entrevista a Ramón Guillot [n. 7], pp. 128-129.

²⁵ Entrevista a Claudio Esteva Fabregat realizada por Elena Aub en Madrid, el día 23 de junio de 1981, y por Enriqueta Tuñón en Barcelona, el día 6 de diciembre de 1981, PHO-10-Esp. 29 (INAH/MCE), p. 238

ba: “No soy gachupín, no: yo soy refugiado [...] A nosotros nos ha traído Lázaro Cárdenas que nos abrió las puertas [...] Nosotros no somos los individuos que vinimos aquí a extorsionar al campesino y a explotarlo”.²⁶

Muy pronto los refugiados tuvieron, adicionalmente, otros argumentos para diferenciarse de los “gachupines”, sobre todo la importante obra académica e intelectual de la élite del exilio. Dice el señor Casanova:

La emigración nuestra fue una emigración selecta. No fue el muchacho que venía aquí a reunirse con su tío y que empezó a trabajar como aprendiz de una tienda de abarrotes. Nuestra emigración fue una emigración impuesta por las circunstancias tan especiales por las que atravesábamos. Vino gente, sí, profesionistas, profesores, gente eminente, esta gente pues influyó en forma positiva en el país. Vino gente de extracción más humilde, pero eran, por ejemplo, campesinos que aportaron muchas ideas nuevas para la explotación del campo. Vinieron obreros, muchos obreros especializados, sobre todo en textiles [Nuestro exilio] fue más bien positivo que negativo, negativo prácticamente no hubo nada.²⁷

Y, ciertamente, no pocas veces los refugiados tenían comportamientos distintos de los de sus paisanos: no se ajustaban al estereotipo del “gachupín”. En este sentido, recuerda el señor Rodolfo Santamaría, que a él y a otro joven recién ingresados a la Escuela de Chapingo les apodaron “los gachupines”, cosa que les molestó. Pero con el tiempo les llamaron “los españoles o los catalanes o los españolitos o los refugiados u otros apodos ya de tipo personal”.²⁸ Y él cree que el cambio pudo deberse “al hecho de que, en alguna forma, se constató que en nuestro comportamiento, en nuestra actitud, en nuestro trato y demás, pues probablemente no correspondíamos a, digamos, el arquetipo del ‘gachupín’, según lo tiene cada persona en su mente”.²⁹ Y su padre, el señor Florencio Santamaría comentaba: “un poco de diferencia sí que la hay” entre gachupines y refugiados. Y recordaba una anécdota que vivió en sus primeros tiempos en México. Estando en Pachuca, unos antiguos residentes le quisieron dar instrucciones de cómo tratar a la criada:

²⁶ Entrevista a José Gené realizada por Concepción Ruiz-Funes en la Ciudad de México, entre los días 22 de febrero y 28 de marzo de 1979, PHO-10-11 (INAH/MCE), p. 344

²⁷ Entrevista a Pascual Casanova realizada por Dolores Pla en Guadalajara, Jal., entre los días 17 y 20 de agosto de 1979, PHO-10-41 (INAH/MCE), pp. 225-226

²⁸ Entrevista a Rodolfo Santamaría realizada por Dolores Pla en la Ciudad de México, entre los días 13 y 26 de febrero de 1980, PHO-10-54 (INAH/MCE), p. 138

²⁹ *Ibid.*, p. 139

“La criada no debe tomar café; la criada que no ” [.] Y yo ya tuve que rebelarme “La criada yo les dije es una persona que nos viene a servir y eso cada uno lo trata como le parezca ¿no?” [.] En esas cosas de creerse superiores, para mí no, para nosotros, le juro que nunca, ninguno de la familia, ninguno ha sido.”³⁰

El señor Gené, también en provincia y en los primeros tiempos, le decía al “gachupín” con el que trabajaba:

Mire, yo el tiempo que me estoy aquí, me estoy bien con todos, no hay ni uno, creo, que esté mal conmigo, y no tengo necesidad de pistolas... Ahora, yo procuro ayudarles lo más posible y éstos lo que quieren es que encuentren en nosotros no al individuo conquistador de antes. Eso ya pasó a la historia [.] que sean mexicanos o que yo sea español, es igual, somos hombres y como hombres tenemos que fraternizar

Y explica: “en la forma que trabajaban y todo el sistema aquel, me caía gordo [...] no era de mi carácter ni nada de nada [...] El [‘gachupín’] miraba de explotarlos a la manera que fuera [...] Como allí no había tienda, él mandaba maíz y tenía las medidas más chicas y les cobraba como si fueran normales”.³¹ Y terminaba diciéndose: “venir a México para hacer el papel éste, no, no lo quiero hacer”.³²

Pero si las diferencias existían, también cupieron las cercanías. Si bien unos españoles y otros se organizaron institucionalmente por separado, hubo ocasiones en que los refugiados asistieron a las instituciones de los antiguos residentes. Los que fueron a lugares de provincia donde no había suficientes iguales con quienes interactuar, es decir, suficientes refugiados, en mayor o menor medida participaban de las asociaciones de los antiguos residentes. En la pequeña muestra de entrevistados, exceptuando a los que se instalaron en Guadalajara, encontramos que los que vivieron por un tiempo o permanentemente en provincia sí tuvieron una vinculación personal e institucional con los “gachupines”. No era infrecuente que los refugiados se acercaran a los centros de los antiguos residentes que prácticamente existen en todo México.

El señor Gaya, que vivió sus primeros años de exilio recorriendo varios estados de la República, dice:

³⁰ Entrevista a Florencio Santamaria [n 21], p. 475.

³¹ Entrevista a José Gené [n 26], pp 297-298

³² *Ibid*, p. 299

En Zacatecas hicimos [junto con su esposa] un ambiente sensacional. Fui el único agente viajero al que le permitieron entrar y participar en las fiestas del Casino. Porque había algunas ciudades en México, como San Luis Potosí, Zacatecas, Puebla... que tenían unas normas muy estrictas en cuanto a los forasteros. Yo tuve esta fortuna. Hicimos muy buenos amigos.³³

Por su parte, el señor Bargés y su esposa, que vivieron prácticamente todo su exilio en la ciudad de Córdoba, Veracruz, donde el primero era profesor del Instituto Cervantes, fundado y dirigido por refugiados, no tuvieron mayores dificultades para relacionarse con los antiguos residentes. Aunque al comienzo ello no fue tan claro. Entonces, al Instituto Cervantes sólo asistieron algunos

no muchos [de los hijos] de la colonia española, porque al principio, claro, tenían cierto recelo en mandar a estos niños al colegio, pensaban que éramos incendiarios, saqueadores, violadores... comunistas ¿verdad?, y que esto íbamos a inculcar a sus hijos []. Pero después, cuando entramos en contacto con ellos, cuando vieron que éramos gente, que el profesionista se dedicaba a su profesión, que no nos interesaba la política, ya fuimos cobrando un poco más de confianza. Sí, ya después, aquí en Córdoba, participábamos de las fiestas de la Covadonga.³⁴

Cuando el maestro Bargés se hizo socio del Casino Español, dice, “ahí también me trataron muy bien”.³⁵ La señora Bargés llegó incluso a ser presidenta de la Sección Femenina del Casino.

Y aún en la Ciudad de México los refugiados participaron de alguna manera en los organismos de la antigua colonia. Siguiendo el rastro que venimos haciendo de los cuarenta entrevistados, nos encontramos que la asociación española en la que más han participado no es ninguna de las creadas por el exilio —a excepción de los organismos propiamente de ayuda—, sino el Sanatorio Español: catorce de ellos eran o habían sido, a la hora de realizar la entrevista, socios del sanatorio. Y, sin ninguna duda, la mayoría de los refugiados muertos en México reposan en otra entidad fundada por los antiguos residentes, el Panteón Español.³⁶ Así, al menos en la enfermedad y la muerte, los españoles

³³ Entrevista a Manuel Gaya realizada por Dolores Pla en la Ciudad de México, entre los días 4 y 7 de mayo de 1993, PHO-10-105 (INAH/MCE), edición de Dolores Pla

³⁴ Entrevista a José Bargés realizada por Dolores Pla en Córdoba, Ver., el día 27 de mayo de 1993, PHO-10-104 (INAH/MCE), edición de Dolores Pla

³⁵ *Ibid.*

³⁶ Hubo entrevistados que pertenecieron a otras instituciones de la antigua colonia uno había sido socio del Club España y otro más había sido relativamente asiduo, si bien

de México se han unido sobre cualquier diferencia. Dice al respecto el señor Ordovás: “Yo entendí que en cuestiones de medicina y en cuestiones de salud no teníamos por qué diferenciarnos y fui partidario de ir al Sanatorio Español”.³⁷

Pero seguramente más importante que las imágenes que se proyectaban de unos a otros refugiados y antiguos residentes, y de la participación o no de los refugiados en las instituciones de sus predecesores, fue otro factor el que eventualmente los acercó e hizo que en cierto sentido los refugiados dejaran de serlo y se fueran convirtiendo en “emigrantes económicos” o en españoles a secas: el abandono de la actividad política de una buena parte de los exiliados. Efectivamente, si lo que caracteriza a los refugiados es su compromiso político, en la medida en que éste se diluye, la cercanía con los emigrantes por motivos económicos se acentúa.

Importante en el análisis de esta cuestión es el ensayo del antropólogo Claudio Esteva Fabregat —quien durante años fue refugiado en México. Define las diferencias entre el emigrante económico y el político diciendo que el primero se distingue por una orientación individualista en el sentido de que sólo se debe a sí mismo o a un grupo reducido como puede ser la familia, mientras al segundo hay que verlo integrado dentro de la fórmula de los ideales colectivos, de las obligaciones ciudadanas, encajado en la idea del deber, del bien específico de una patria, de un pueblo, de una etnia o una clase.³⁸ Para el autor, cuando estas diferencias desaparecen, es decir, cuando se abandona la militancia, se pasa de la segunda categoría a la primera: se deja de ser un emigrante político para ser un emigrante económico.

Ciertamente la militancia política fue abandonada relativamente pronto por la mayoría de los refugiados. El fracaso de las gestiones diplomáticas del exilio al término de la Segunda Guerra Mundial —la traición de las grandes democracias a la República Española— fue un rudo golpe que incidió tanto en las formaciones de gobierno y políticas del exilio, como en la vida de los que hasta este momento habían sido militantes.

sin ser socio, del Casino Español y del Centro Gallego. Y es sabido que no pocos hijos de refugiados asistieron o asistieron al deportivo del Centro Asturiano.

³⁷ Entrevista a Antonio Ordovás realizada por Marisol Alonso en la Ciudad de México el día 17 de enero y en Valle de Bravo y Avándaro el 20 de enero de 1980. Anexo realizado por Enriqueta Tuñón en Barcelona el 7 de diciembre de 1981, PHO-10-51 (INAH/MCE), p. 133

³⁸ Claudio Esteva Fabregat, “L'exili català als països americans: una perspectiva antropològica”, en *IV Jornades d'Estudis Catalano-Americans*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1992, p. 228

El señor Salvadores decía a fines de los años setenta: “ahora los llaman gachupines a todos, durante algún tiempo logramos que no, pero ahora, después. Que esto ha sido creado en parte porque la mayoría de nuestra gente vive muy bien económicamente [...] y eso se puede comprobar, yo creo, casi uno a uno, y eso lógicamente los ha alejado del pueblo”.³⁹

Aunque aparentemente sabemos bastante del exilio español en México y América Latina, en realidad conocemos mucho sobre pocos refugiados, básicamente los que constituyeron la élite del exilio, pero poco de muchos, de la mayoría. Y lo poco que sabemos de esta mayoría parece indicar que con el paso del tiempo una buena porción de los refugiados “del común” lograron una afortunada inserción económica y social en su país de asilo y que muchos de ellos vivieron un proceso de movilidad social ascendente.

Haciendo un análisis de lo sucedido con 418 refugiados catalanes,⁴⁰ se puede observar que casi la tercera parte fueron propietarios en México en los ámbitos de la industria, el comercio o los servicios. Y si dividimos esta muestra en refugiados “del común” y miembros de la “élite”, resulta que este proceso fue vivido sobre todo por los primeros, casi la mitad de ellos (47.77%) se convirtieron en propietarios. Además, hasta donde es posible observar, aun en aquellos casos en que no se convirtieron en propietarios, al menos se insertaron en los sectores medios de la sociedad, mayoritariamente fueron empleados con trabajos dignos y no fue infrecuente que tuvieran cargos muy importantes en diferentes empresas. Y por si quedaran dudas de que el exilio abrió a muchos de los refugiados un proceso de movilidad social habría que decir que el perfil ocupacional de la segunda generación es el siguiente, según la información con que se cuenta de las 107 personas nacidas de 1925 en adelante: casi la tercera parte se desempeñan como profesionistas (41.31%); 20 personas, cerca de una quinta parte, son empresarios en los ámbitos de la industria, el comercio y los servicios (18.69%); 18 son intelectuales y artistas (16.82%); 16 son maestros y catedráticos (14.95%); y 12 son empleados de diversos tipos (11.21%).

En el éxito de los refugiados “del común” intervinieron varios factores. El principal fue que no eran tan “del común”, se trataba de traba-

³⁹ Entrevista a Luis Salvadores realizada por Concepción Ruiz-Funes en Barcelona, el día 26 de abril de 1979, PHO-10-35 (INAH/MCE), p. 67

⁴⁰ Esta información se desprende de Tomás Bru y Josep M. Muria i Romani, véase José María Muria, coord., *Diccionario de los catalanes de México*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco/Generalitat de Catalunya, 1996.

jadores calificados, que fueron particularmente necesarios en México durante el proceso de crecimiento económico e industrialización que el país empezó a vivir justo en los años de su llegada. El haber podido desplegar sus capacidades y conocimientos en su país de acogida fue sin duda lo que les abrió las puertas de una favorable inserción económica y social.

Hay quien considera que esa inserción los ha hecho desarrollar comportamientos muy parecidos a los de los “gachupines”. Dice el señor Esteva:

yo creo que muchísimos de los españoles que no actuaron políticamente, empezaron a identificarse mucho con los modos de comportamiento de los que llamábamos gachupines y que sus actitudes hacia México empezaron a ser las actitudes que puede tener uno por sus intereses. Y seguían siendo antifranquistas, pero en la práctica ejercían [...] gentes que habían sido trabajadores, obreros, sindicalistas, políticos de izquierda y todo eso, actuaban en sus fábricas, en sus negocios, de la misma manera que actuaba un viejo residente, o que actuaba aquí un dueño de qué sé yo.⁴¹

Sin embargo, la inserción económica y social de los refugiados no tuvo que ver con las formas tradicionales de la antigua colonia: ni se insertaron en los mismos nichos económicos ni a través del sistema usado por los antiguos residentes. En este sentido, es significativo lo que explica el señor Esteva, a quien un antiguo residente de Puebla le ofreció apoyarle para que se hiciera de una empresa propia:

yo me di cuenta de que este hombre tenía la idea de que yo iba a meterme cincuenta años ahí haciendo todo mi progreso material, sobre la base de ir ahorrando el centavito, y al cabo del año unos trescientos pesos de beneficio, el otro año setecientos, al otro quinientos más y tal y así ahorrando, ahorrando, acumulando, hasta que finalmente puedes hacer tu fabriquita, y cuando ya eres abuelo ya tus nietos se van gastando todo eso. Y, claro, esta filosofía a mí no me gustó nunca. Empecé a deberle al banco, empecé a no poder pagar las letras.⁴²

El señor Costa explica que pronto tuvo éxito: empezó a trabajar en una lechería, a los seis meses ya era dueño de la misma y al año ya tenía dos, pero lo dejó porque “era un trabajo muy esclavo”.⁴³

⁴¹ Entrevista a Claudio Esteva Fabregat [n. 25]. p. 257

⁴² *Ibid.*, p. 157

⁴³ Entrevista a Jaime Costa realizada por Enriqueta Tuñón en Guadalajara, Jal., entre los días 26 y 28 de noviembre de 1979, PHO-10-67 (INAH/MCE), p. 193

De haber seguido el modelo “gachupín” y haber tenido más acentuado el espíritu empresarial, quizá muchos refugiados más hubieran accedido al éxito económico. Pero no parece que estuvieran dispuestos a vivir el sistema de autoexplotación que era característico de los antiguos residentes, ni muchos de ellos se sentían demasiado inclinados a prácticas propias de los hombres de “la actividad mercantil”. El señor Muriá, por ejemplo, dice que no se hizo rico porque no quiso. En un determinado momento decidió abandonar las actividades empresariales: “Dejé totalmente la actividad próspera y remunerativa. Tenía ganas de dejarla porque mis condiciones intelectuales y espirituales no eran las adecuadas para dedicarme con demasiada insistencia a la actividad mercantil”.⁴⁴ Y la señora Bosch de Ros, tampoco tenía muy desarrollado el espíritu empresarial. Propietaria de una tienda de ropa, en pleno periodo de crisis e inflación no reetiquetaba su mercancía. “Pero hoy ya me dijeron—contaba en el transcurso de su entrevista—lo que tengo que hacer, si no yo me voy a arruinar”⁴⁵ Quizá el caso más extremo, para ilustrar la falta de espíritu mercantil de una parte de los exiliados, pueda ser el de la maestra Cortichs, quien relató:

habíamos tenido ocasión de comprar terreno y hasta alguna casa en México, al principio de estar, por casi nada de dinero. Pero mi marido era tan escrupuloso que me decía siempre “¿Es para irte a vivir allí?” “No, porque yo teniendo un piso aquí donde lo tengo, no me voy a mover” “Pues estás especulando y no has venido a México a especular” Y yo, que por una parte me fastidiaba un poco pero por otra parte le daba razón, comprendía que tenía razón [...] Cuando nos tuvimos que marchar le dije: “Ves, ahora que bien vendría tener una casita”⁴⁶

Resumiendo, hay que decir que la afirmación, generalmente aceptada, de que los refugiados no estuvieron en contacto con los antiguos residentes no es acertada. Quizá lo más adecuado sería plantear que en términos institucionales fueron dos comunidades básicamente divorciadas, pero paralelamente se dieron infinidad de acercamientos a nivel individual. Hay registro de muchos encuentros entre unos y otros y también de múltiples gestos de solidaridad de los antiguos residentes hacia los recién llegados. Y eso fue así porque, por una parte, no todos

⁴⁴ Entrevista a José María Muriá [n. 17]

⁴⁵ Entrevista a Dolores Bosch de Ros realizada por Enriqueta Tuñón en la Ciudad de México, entre los días 9 de enero y 13 de febrero de 1998, PHO-10-94 (INAH/MCE), p. 166

⁴⁶ Entrevista a Estrella Cortichs realizada por Enriqueta Tuñón en la Ciudad de México, entre los días 11 de abril y 8 de mayo de 1979, PHO-10-17 (INAH/MCE), pp. 414-415

los “gachupines” eran franquistas y, por otra, no pocos de los que lo eran, en muchas ocasiones, como comprobaron los refugiados casi desde el momento de pisar tierra mexicana, al encontrarse cara a cara con los refugiados, antepusieron la solidaridad intraétnica a las diferencias políticas. Por otra parte, aunque todavía sabemos poco sobre lo sucedido en términos de la integración económica y social de los refugiados en México, hay indicios que muestran que si bien no vivieron un proceso parecido al de sus paisanos “gachupines”, en la medida en que muchos de ellos abandonaron pronto la militancia política y, paralelamente, tuvieron una inserción económica y social que les significó una movilidad social ascendente, con respecto a su ubicación en el país de origen, sin duda las diferencias más importantes entre ambos grupos tendieron a disminuir.